



Cuarenta Luchadores

En los días cuando la pasión de Nerón era acabar con los cristianos, el emperador romano tenía un grupo de soldados que se llamaban “Los Luchadores del Emperador”. Eran cuarenta hombres robustos, de los más fuertes y de los más valientes, reclutados de entre los mejores atletas de los juegos romanos. Antes de cada juego, los cuarenta se paraban delante del trono del emperador y por todo el anfiteatro dejaban resonar su canto: “Nosotros, los luchadores, luchamos por ti, Emperador, para ganar para ti la victoria y para recibir de ti la corona del vencedor.”

Cuando Cesar mandó su gran ejército a Galia, no hubo soldado más valiente ni más fiel que los del grupo de los luchadores. Estuvieron bajo el mando de un centurión romano.

Llegó al oído de Nerón las noticias de que la fe cristiana que no conocía fronteras ni barreras, había penetrado en las filas de los luchadores, y que algunos de ellos se habían convertido al cristianismo. Convertirse en cristiano en aquel tiempo era esperar la sentencia de muerte. Ni para el más alto servidor del emperador hubo excepción.

Al centurión de los cuarenta se le fue dada la orden de matar a cualquier profesante de la fe cristiana. El mensaje del emperador fue recibido en pleno invierno. Los soldados se hallaron en su campamento a las orillas de un lago que se encontraba completamente congelado. El intenso frío, la inclemencia del tiempo y los trabajos ocasionados por estos, habían servido para unir el ánimo y los corazones de los soldados y su centurión. Con gran tristeza él leyó la orden del emperador. Pero para él la palabra máxima era deber. Por lo tanto él juntó a sus soldados y les hizo la pregunta y la orden: “¿Hay entre vosotros quien haya aceptado la fe cristiana? Si hay, que el tal dé un paso adelante.”

Los cuarenta luchadores se adelantaron dos pasos, se pusieron firmes y saludaron a su jefe. El centurión se detuvo un rato. Para él fue una gran sorpresa el número tan elevado. Les dijo: “Del Emperador es la orden: ‘Muerte para todo profesante de la fe cristiana.’” Continuó diciendo: “Por amor a vuestra patria, a vuestros compañeros y a vuestras amadas familias, os ruego renunciar a esa fe nueva.”

Ninguno de los cuarenta se movió. “Hasta la puesta del sol os doy para considerar la pregunta”.

Al fin del día, se hizo por segunda y por última vez la pregunta: “¿Hay entre vosotros algún profesante de la fe cristiana? Si lo hay, que el tal dé un paso adelante.” Otra vez los cuarenta se adelantaron y se pusieron firmes.

El centurión, con súplicas y ruegos, hizo el intento de persuadir a los hombres que se retracta de su fe. Ninguno lo hizo. Entonces él les dijo: “La orden del Emperador queda en pie. Forzosamente la tengo que cumplir. Pero no quiero que la sangre vuestra sea sobre vuestros compañeros. Os mando que marchéis sobre el lago congelado y os quedéis allí hasta

renuncia vuestra fe o perecer. Os dejaré a la merced de la naturaleza. El fuego se quedará ardiendo en la orilla del lago, esperando a los que repudian esa fe.”

Los cuarenta luchadores fueron desnudados, y sin palabra alguna dieron media vuelta, se formaron en fila de cuatro en cuatro y juntos marcharon sobre el hielo del lago congelado. Mientras se alejaban de la playa, unieron sus voces y cantaron una nueva versión del canto de la Arena: “Cuarenta luchadores, luchamos por ti, oh Cristo, para ganar para ti la victoria y para recibir de ti la corona del vencedor”.

Durante las largas horas de la noche, el centurión mantuvo su fuego ardiendo en la orilla del lago. El canto de los luchadores moribundos resonaba en el frío y en el silencio de la noche, pero cada vez se oía más suave.

Casi al amanecer del nuevo día, un pobre, vencido por el frío, se acercó al fuego y renunció su fe. Ahora suave pero claramente se oía otra versión del canto: “Treintinueve luchadores, luchamos por ti, oh Cristo, para ganar para ti la victoria y recibir de ti la corona del vencedor.”

El centurión miró la figura del pobre desertor y escuchó de nuevo el canto de los luchadores. La luz de un nuevo amanecer disipó las tinieblas de su alma. Se quitó su armadura, se desnudó, pegó un salto, marchó sobre el lago congelado y mientras se acercaba a los treinta y nueve valientes, cantó la primera versión de su canto: “Cuarenta luchadores, luchamos por ti, oh Cristo, para ganar para ti la victoria y recibir de ti la corona del vencedor.”

- de *The Youth Compass*

